



XXXIII

¡QUÉ noche tan tremenda para la Historia! ¡Qué noche para el mundo, si ahora que se acaba de formar la nacionalidad italiana, ahora que ha resucitado la muerta Hungría, ahora que por todas partes se van formando nacionalidades en el seno de la antigua Germania, desapareciese la más ilustre, la más gloriosa de las Naciones modernas: aquella que despertó de su soñolencia á los pueblos asiáticos llamándolos á la navegación y al comercio con el resplandor de su áurea corona; aquella que mantuvo un siglo la civilización romana con sus filósofos, con sus poetas, con sus oradores, con sus Césares; aquella que antes que ninguna otra civilizó á los bárbaros entregándolos al

yugo blando de la civilización latina y á la educación entonces necesaria y saludable de la Iglesia católica; aquella que mantuvo el rescoldo de la ciencia, el filtro de la vida, el estudio de la naturaleza en Córdoba y Sevilla, cuando el mundo entero parecía gemir bajo la maceración y la penitencia, y bajo los terrores del juicio final; aquella que con su genio prodigioso sembró una nueva creación en el movable seno del Atlántico; aquella que con sus grandes expediciones marítimas hundió en las aguas de Lepanto la media luna, impidiendo que el Mediterráneo fuera el lago de los serrallos del turco, y luego por las expediciones científicas de Magallanes descubrió los hemisferios de América, el camino del Asia, al mismo tiempo que volvía Elcano, bajo las alas del genio, de dar por vez primera la vuelta al mundo; aquella que cuando parecía más unida al absolutismo, protegió el nacimiento de la libertad y el nacimiento de la República en América; y cuando parecía más muerta, durante la guerra de la Independencia, se levantó como un solo hombre, y cual David á Goliat, derribó en el polvo al gigante de la fortuna; y cuando pa-

recía con menos iniciativa, por sus grandes ideas constitucionales de 1812 hizo que despertara Grecia, que se infundieran las ideas liberales en las venas de Italia, repulsiva siempre á la revolución francesa, simpática siempre á la revolución española; nacionalidad que debemos conservar, porque es nuestra madre, porque es nuestro hogar, porque es nuestro templo, porque fué ayer nuestra cuna, porque será nuestro sepulcro; y además, porque es necesario que se conserve esta nacionalidad, para que dé levadura de arte y de heroísmo á la vida del planeta, para que dé levadura de derecho y de progreso á la vida del humano espíritu!

(Del discurso pronunciado el día 25 de Agosto de 1873 al ocupar el sillón presidencial del Parlamento.)